

nos ofrece una técnica para describir cualquier sonido en función alingüística, utilizando al efecto, no solamente sonidos y sílabas de ocurrencia real en el lenguaje, sino algunos ficticios que sirven a ejercitar los anhelos científicos del estudioso.

Al paso que nuestro autor analiza las fallas de que adolece el tratamiento corriente de algunos problemas fonéticos, propone de vez en cuando redefiniciones y clasificaciones, tales como la de sonido oclusivo, las de fono, vocal, consonante y sílaba. Da más adelante, en la Parte II, una clasificación fonética de posible utilización en el análisis de toda clase de sonidos —son palabras del autor— e incidentalmente releva muchos factores de importancia en la teoría fonética, contrastándolos con otros, sin destruir la unidad del sistema que busca organizar. Para la elaboración de esta segunda parte el doctor Pike dice que ha tomado como fundamento el estudio fonético directo de veintiuna lenguas vivas de Centro y Norte América, a más del español, el lituano y el tamil.

Finaliza el volumen que ahora glosamos, con “un resumen de ciertas clases de sonidos que no ocurren en el lenguaje” y “un sumario de características relacionadas con la clasificación de cualquier sonido por su mecanismo productor”. Los símbolos que el autor establece para cada uno de esos rasgos forman “un sistema analfabético de notación fonética cuyo mérito principal está en que llama la atención hacia un gran número de supuestos implicados en esos signos fonéticos de uso corriente que son las letras del alfabeto”.

El presente trabajo es de utilidad a estudiantes de fonética general que se propongan reducir a forma escrita lenguas que aún no tienen literatura. Pero la utilidad no está en que enseñe cómo se forman alfabetos sino en que da una preparación previa para analizar científicamente la manera como se producen los sonidos. El autor ha estado aplicando experimentalmente las ideas y técnicas que esboza, y se propone hacerlas conocer de los estudiantes hispanoamericanos en una versión española que él mismo está dirigiendo en Ciudad de Méjico.

LUIS FLOREZ

TOMAS CADAVID RESTREPO, *Raíces griegas y latinas (etimologías médicas y biológicas)*, y *Glosario técnico (ciencias naturales)*. Bogotá, Editorial Litografía Colombia, 1942, 564 págs.

En un grueso volumen fueron dadas al público las dos obras de don Tomás Cadavid Restrepo, *Raíces griegas y latinas (etimologías médicas y biológicas)* y *Glosario Técnico (ciencias naturales)*. La forma como los más autorizados críticos en estas materias recibieron esta publicación nos exime de comentarios detenidos. El maestro Valencia, en su informe a la cámara de representantes, la califica de “obra de

importancia excepcional a quienes estudian biología general y ciencias médicas y naturales en particular”, y destaca, con la precisión que él sabía hacerlo, los méritos de la obra y las excelencias del autor. El académico de la Lengua Padre J. J. Ortega Torres, en desempeño de una comisión de la Academia, informa: “Tal vez no hay al presente glosarios técnicos tan completos como estos dos; solamente en el de ciencias biológicas se estudian más de dos mil quinientas voces, y en el otro casi el doble, importantes notas complementan las explicaciones etimológicas y añaden datos de especie al análisis de los términos, siempre con oportuna erudición, exenta de toda pedantería”. Igualmente profesores de la solvencia intelectual del doctor Emilio Robledo y del doctor Francisco M. Rengifo no vacilan en felicitar al autor por sus eruditos trabajos y en recomendar al público estudioso las obras en cuestión.

En realidad, raras veces se presentan entre nosotros, tan dados al fácil entretenimiento literario, obras de tan paciente elaboración y que acusen tan vastos conocimientos científicos. Es este un ejemplo estimulante para quienes nos decimos depositarios de una venerable tradición humanística. Aquel íntimo amigo del gran Cuervo, don Ezequiel Uricoechea, naturalista también y filólogo de prestigio europeo, encontró en don Tomás Cadavid Restrepo un continuador de su obra, como lo revelan el talento y consagración exhibidos en este trabajo.

leyendo las originales notas del *Glosario técnico*, tropezamos con una que fácilmente pudiera hacerse más exacta, ya que en estas materias nunca se peca por exceso. Dice en la pág. 549: “*Biscocho*. Esta palabra equivale a *cocido dos veces*, pues la partícula *bis* significa dos veces. No existe razón alguna para escribir con *z* a *biscocho* y *bisnieto*”.

Sin duda lo que el erudito comentador quiso afirmar fue que no existía razón alguna *etimológica*, lo cual es evidente. El *Manual* de Menéndez Pidal, citado en la nota del doctor Cadavid, nos explica fácilmente el fenómeno ¹. Sucede que el grupo consonántico latino *sc* pasó a la antigua *ç*, como en *meçer* de *miscere*, *peçe* de *pisce*, etc.; de donde la *ç* llegó a ser *z*: *mezclar*, *pez*. Esta alternancia que se da principalmente en los verbos incoativos: *floresco*, *nasco*; *florezco*, *nazco* (donde la *z* no es etimológica, sino analógica de *floreçes*, *naçes*), influyó en todos los grupos *sk* de manera muy señalada y produjo la *z* de *bizcocho*, *cazcorvo* (de *casco-corvo*) *mezcolanza* (de *mescolanzu*). De manera que, según esta probada doctrina del lingüista español, no podríamos decir que “no existe razón alguna para escribir con *z* a *biscocho*”, sino simplemente que no existe una razón etimológica, pero la hay en cambio fonética y analógica. Por lo cual tampoco es muy aceptable el consejo que se nos da al concluir la nota de que “debemos escribir con *s* *biscocho*, *biscochuelo*, *biscochería* y todas las

¹ R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, sexta edición, Madrid, 1941, pág. 198.

voces afines". Si ha de imponerse la ortografía etimológica, también tendríamos que escribir: *conosco, nasco, floresco* y mil cosas peores.

Por ser esto mismo una minucia, puede apreciarse el valor de la obra en referencia, cuyas etimologías están respaldadas por las más serias opiniones de la filología contemporánea.

R. T. Q.

OCTAVIO QUIÑONES PARDO, *Otros cantares de Boyacá*. Bogotá, Editorial A B C, 1944, 236 págs.

Con este título vio la luz pública, a mediados del año pasado, un libro de Octavio Quiñones Pardo, que es complemento de otro publicado en 1937 con el nombre de *Cantares de Boyacá* y con prólogo de Germán Arciniegas. Si el propósito del autor en la primera publicación fue hacer un "libro de rectificación documentada y de sencilla afirmación histórica", en la segunda parte es no menos claro el intento de hacer una reevaluación de conceptos. Los dos libros, pues, están íntimamente ligados entre sí por su finalidad, su espíritu y su método.

La "rectificación documentada" del primero versa sobre las frases despectivas con que el doctor Antonio José Restrepo, en su *Cancionero de Antioquia*, calificó a los cantores populares no nacidos en territorio antioqueño y sobre el sistema empleado por el docto escritor de la Montaña para "antioqueñizar" todos los cantos populares de que tuvo noticia. Algo de este mismo objetivo subsiste también en *Otros cantares de Boyacá*, aunque aquí la enmienda va principalmente dirigida al académico de la Historia doctor Enrique Otero D'Costa, por los conceptos emitidos en su obra *Montañas de Santander*¹. Se observa, pues, a través de las dos obras, una marcada susceptibilidad regionalista, saturada por otra parte con afirmaciones de marcado interés político. Esto pierden en mérito científico, a nuestro humilde parecer, los dos tomos de cantares, aunque lo ganen tal vez por el acre saborcillo de su literatura. La cuestión está en dilucidar si estas cosas del folklore deban tratarse con un criterio de rigorismo científico, o baste situarse en un punto de vista meramente emocional, o sean precisos tanto el escalpelo del analista como el entusiasmo del retórico. Porque lo primero sitúa al comentador en el árido plano de la lingüística, para solaz de muy pocos; lo segundo lo coloca en el terreno delcizable de la literatura polémica, y sólo la feliz alianza del razonamiento y del sentimiento lo llevaría a planos donde verdaderamente lograra obtener fecundas conclusiones prácticas.

No queremos quitarle a la obra en cuestión ninguna de sus excelentes cualidades, ya ampliamente reconocidas. El solo hecho de la

¹ E. Otero D'Costa, *Montañas de Santander*, Bucaramanga, Imprenta Departamental, 1932.